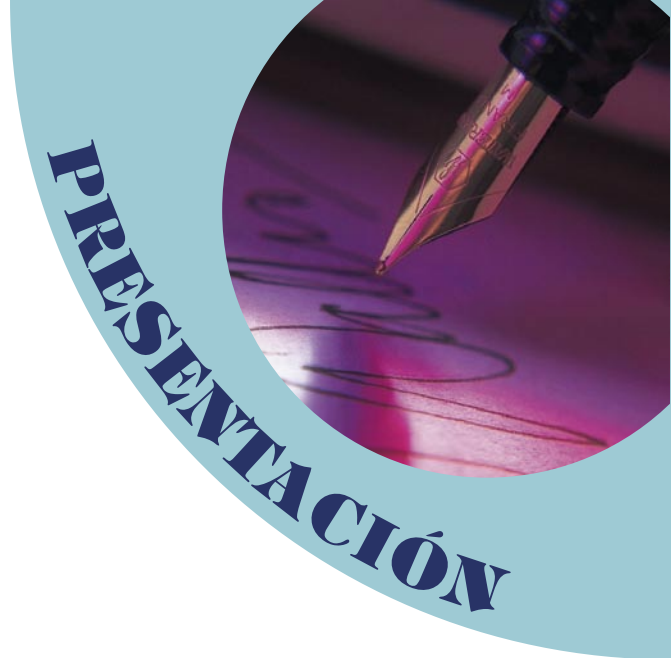


# La SOCIEDAD del CONOCIMIENTO

Joaquín Araújo



**D**

e la misma forma que la más voraz sequía es aquella que usa el poder de la mente sólo para conseguir más poder, los desiertos interiores son los que consiguen la desertificación del alrededor. Por eso no hay lluvia más generosa que la inteligencia aplicada a crear convivencias fértiles.

En pocas ocasiones se nos erosionó tanto como cuando se puso en el tapete de las ideas el razonamiento de que la acumulación de conocimientos era pareja a la de riquezas, dominio, o base para poder alcanzar al menos esas metas. El conocimiento que tanto nos caracteriza, es también el único instrumento del que fiarse en alguna medida. Al menos desde el momento en que los derechos humanos, la democracia, la justicia y la paz misma, parten invariablemente de nuestra capacidad de conocer las posibles consecuencias de dejar que gobierne la fuerza. En suma, que saber no es sólo poder sino, sobre todo, la mejor forma de control de los poderes. El conocimiento resulta imprescindible para aprender cuales son nuestras limitaciones. De ahí, por tanto, que sea tan pobre intelectualmente una sociedad regida por un modelo que considera debe crecer ilimitadamente.

La creación suprema de la condición humana es la capacidad de diálogo, único camino para la desactivación de todas las formas de violencia. Lo que por supuesto incluye la que se ejerce sobre los procesos, los ciclos, los sistemas y las otras formas de vida.

Sorprende que vayan tan lentas las aplicaciones del conocimiento destinado a limitar el poder que ejercemos sobre los elementos de la naturaleza, que

al no tener conocimiento de nuestro inmenso poder, por lo general ni reclaman, ni pueden dialogar y ni siquiera son capaces de protestar. Y eso aunque algunos quieran ver en los crecientes dramas derivados de las catástrofes, casi siempre mal llamadas naturales, una suerte de respuesta de lo espontáneo ante la descomunal agresión que desde nuestras mentes, tan desarrolladas ellas, perpetramos.

De ahí que cada día resulte más preciso un conocimiento para la pacificación. Que amortigüe, al menos, los agresivos métodos, las acaparadoras maneras, y las codiciosas actitudes que casi todo lo gobiernan.

Porque sabemos, y mucho, de cómo hacer lo mismo que trae el desarrollo, la comodidad, la mal llamada riqueza, sin sembrar la devastación, la pobreza en los bandos de lo que nos rodea.

La suma de esas ideas, reflexiones, técnicas, sensibilidades, son las que surgen de la mente de los no atrapados en la primera definición. Somos los que, frente a las convencionales definiciones de conocimiento, preferimos la mejor que se ha escrito.

Es de María Zambrano, y mantiene que “conocer es acordarse y acordarse es reconocerse en unidad con lo que está siendo”. Un uso de la inteligencia para la generosa reciprocidad con el resto de lo viviente, sea humano o no.

Cuando tanto se jalea la necesidad de una sociedad del conocimiento, bueno será que reflexionemos un poco sobre qué tipo de conocimiento, porque la inmensa mayor parte de los que hemos adquirido no sirven para que la vida continúe, sino para todo lo contrario. ☞